

Cultura, contracultura y marginalidad

Luis Brito García

Luis Brito García: Novelista, dramaturgo y ensayista venezolano. Abogado y Doctor en Derecho Público. Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Ha ganado en dos oportunidades el Premio Casa de las Américas, con su libro de cuentos "Rajatabla" y su novela "Abrapalabra".

Se demuestra en este ensayo cómo las subculturas "son instrumentos de adaptación y de supervivencia de la cultura y del organismo social". La contracultura es "una guerra entre modelos, una batalla entre concepciones", reflejo de "la discordia de grupos que ya no se encuentran ni integrados ni protegidos dentro del cuerpo social". Los sectores marginados como creadores de subculturas. El marginador convierte al marginado en infrahumano, supremo disidente. El mito de Prometeo y su opuesto: la contracultura o el fuego desencadenado y la búsqueda de un tiempo nuevo, he aquí algunos de los motivos de las inquietantes reflexiones del autor, quien considera debe detectarse en la cultura la raíz de todos los conflictos. Liquidar físicamente a los agentes de la contracultura significaría la liquidación de la sociedad misma.

La obvia definición de Clausewitz postula que el objetivo de la guerra consiste en imponer nuestra voluntad al enemigo. Postula también que la guerra es la continuación de la política, por otros medios¹. Omite decir que la política es la continuación de la cultura, por otras vías. El aparato político - que se define por el monopolio de la violencia legítima en una sociedad determinada - sólo existe para operar, represivamente, aquellos aspectos de la conformación de la conducta que los mecanismos de la cultura no han podido inculcar en el hombre. El aparato estatal surge, por tanto, para cubrir los fallos del aparato cultural y es - por cuanto sociedad y cultura aparecen antes que el Estado - residuo de éste.

LA CULTURA COMO CONFLICTO

La guerra, por su parte, estalla cuando el aparato político no encuentra otra forma de llevar adelante sus propósitos que mediante la imposición armada. Las bombas empiezan a caer cuando han fallado los símbolos. De allí que la raíz de los conflictos deba ser detectada en la cultura: dentro de ésta o a través de ésta se logra la imposición de patrones de conducta al enemigo extraterritorial o de clase, se inculcan

¹Clausewitz: De la Guerra. Ediciones Mar Océano, Buenos Aires, 1960, p. 9.

concepciones del mundo, valores y actitudes. A la larga, el aparato político no puede imponer y mucho menos defender victoriosamente en guerra lo que la cultura niega. Montesquieu intentó señalar esta misteriosa relación entre normas coercitivas (leyes) y realidades culturales (espíritu) concluyendo que sólo la coordinación entre unas y otras permite la aplicación del sistema legal y su eficacia en una sociedad determinada. Adelantó decididamente fórmulas para hacer que las leyes coincidieran con el espíritu y postuló, tímidamente, consejos para hacer que el espíritu pudiera adaptarse a las leyes². El jurista más inteligente de su época respetaba antes al espíritu que a la norma.

Dos siglos han pasado y las relaciones se han invertido. Mediante las operaciones de penetración, de investigación motivacional de propaganda y de educación, los aparatos políticos y económicos han asumido la tarea de operar en el cuerpo viviente de la cultura. Esta intervención tiene como instrumental quirúrgico un arsenal de símbolos; como campo, el planeta, y como presa, la conciencia humana. Sus cañones son los medios de comunicación de masas; sus proyectiles, las ideologías. La ubicuidad de la llovizna radioactiva es deleznable frente a la persuasividad y armisticios; la de la cultura, no.

Cuando del seno de la cultura surge una contracultura que dialécticamente se le opone y la contradice, la sociedad no puede liquidar físicamente a sus cultores porque significaría la aniquilación propia. Debe, pues, sostener una ofensiva ideológica; un tipo especial de ofensiva destinada a negar sus mismos principios, a devorar a sus propios hijos; en el fondo, a devorarse a sí misma negándose toda posibilidad de desarrollo. Preparándose así, mediante la victoria, la paralización que al fin habría de sumirla en el foso donde caen todas las culturas que, al alcanzar el poder de esterilizar sus fuentes vitales, pierden esa facultad de aprender y transformarse que constituye su vida.

CULTURA Y SUBCULTURA

Para comprender qué es una cultura y cómo se transforma, debemos antes comprender cuál es su función dentro de la sociedad en la cual se produce.

Todo organismo viviente - sea un protozooario, un animal compuesto o ese agregado de seres que llamamos sociedad - debe mantener una estructura relativamente estable en medio de un entorno sujeto a un cambio continuo. La condición de ser viviente obliga a una serie de intercambios con ese entorno cambiantes y la posibi-

²Montesquieu: De L'Esprit des Lois. Ediciones Du Seuil, París, Cap. XIX, pp. 641 a 647.

lidad de que dichos intercambios se realicen sin destruir al ser vivo depende de que éste pueda regularlos³. Para que tal regulación sea posible, es necesario que el ser viviente forme dentro de sí una imagen parcial de ese entorno y que rija su organización y sus procesos internos por esa imagen, que constituye un modelo del ambiente en el cual se dan los procesos vitales.

En virtud de que el ser viviente es sólo afectado por un lugar y un tiempo específicos del entorno, tal modelo ha de ser parcial. En virtud de que el ser viviente dispone de escasos elementos para construir dicho modelo del entorno, tal modelo ha de ser necesariamente resumido. En virtud de que el medio ambiente cambia, tal modelo ha de ser, a corto o largo plazo, modificable.

Este proceso de construcción de modelos del entorno, y de regulación interna a base de ellos, es lo que llamamos código genético, cuando nos ocupamos de la generalidad de los seres vivientes. Dicho código contiene las claves esenciales que describen el entorno específico al cual debe adaptarse el soma del ser viviente; se encuentra resumido en los aminoácidos que constituyen la doble hélice del código genético⁴; se transmite por herencia, y no es alterado directamente por los cambios del medio ambiente, sino catastróficamente por mutaciones o enfermedades que, al azar, pueden producir una mejor adecuación al medio, o también una inadecuación que se traduce en la extinción del sistema.

En ciertos seres vivientes, superpuesto al código genético se desarrolló un segundo tipo de modelo del entorno, que se distingue por su capacidad de corresponder con rápidas modificaciones internas a los cambios percibidos en el ambiente a través de los sentidos. A esta segunda categoría de modelos los llamamos memorias. No son útiles para modificar la estructura genética del ser viviente; pero a base de ellos, el mismo puede modificar su conducta. Las memorias no se transmiten por herencia, justamente porque su utilidad estriba en la posibilidad de duplicar a corto plazo las variaciones específicas a que está sometido el medio donde mora el ser viviente individual que las posee. Las memorias, además, para ser útiles deben comprender en su modelo información continua acerca de la situación del ser vi-

³Sobre los seres vivientes y las sociedades considerados como sistemas abiertos que han de regular sus relaciones con el medio, consúltese: Ludwig von Bertalanffy: *General System Theory*, Penguin University Books, Londres, 1973, Cap. II, pp. 40 a 52; así como su *Robots, Hombres y Mentes*, Guadarrama, Madrid, 1974, pp. 139 a 158. Ver también: Norbert Wiener: *The Human Use of Human Beings*, Sphere Library Suffolk, 1968, Caps. I, II y III, pp. 11 a 67; así como: Dios y Golem, Siglo XXI Editores, México, 1970. Sobre la estabilidad de los sistemas abiertos, ver: René Thom: *Structural Stability and Morphogenesis*, 13-7: *The structure of societies*, Benjamin Inc., Londres, 1975, pp. 318 a 327, y C. E. Zeeman: *Catastrophe Theory*, en *Scientific America*, Abril, 1976, pp. 65 a 83.

⁴Sobre el código genético, ver: James D. Watson: *The Double Helix*, Signet Books, Nueva York, 1969.

viente en relación al entorno dentro del cual deben regular su conducta. Las memorias, por lo tanto, son imágenes que comprenden autoimágenes.

Finalmente, el organismo social, en cuanto sistema viviente, no escapa a esta necesidad de regular sus relaciones con el ambiente y modular su organización y su conducta refiriéndose a un modelo parcial, resumido y modificable de ese entorno, que contiene además una imagen así mismo parcial, resumida y modificable del propio organismo social actuando dentro de él.

Un organismo social, por lo tanto, cuenta con tres categorías de modelos:

1) el código genético, que regula las formas somáticas de cada uno de sus miembros

2) las memorias de cada uno de ellos,

3) y esa gran memoria colectiva que podemos llamar la cultura del organismo social, que resulta de la agregación sinérgica de los restantes códigos genéticos y memorias individuales y, en determinados casos, de sostenes materiales no vivientes. Esta memoria es necesariamente parcial, porque se refiere a aquellos aspectos del universo que más directamente afectan al organismo social: resumida, porque se reduce a utensilios, prácticas y símbolos; y modificable, porque ha de ser capaz de destruirse y reconstruirse a sí misma para reflejar de manera adecuada los cambios que ocurren en el entorno; la relación del organismo social con estos cambios, y las transformaciones de dicho organismo social.

Como el ambiente y el propio organismo social constan de un gran número de elementos y están animados de una casi infinita diversidad de fuerzas, ambos se modifican constantemente y por ello, la utilidad de una cultura depende de su capacidad de modificarse para construir modelos adecuados de tales transformaciones y regir por ellos la conducta del organismo social. Pero, en virtud de que el organismo social se define por su capacidad de mantener una cierta constancia observable de estructura y de conducta, la cultura ha de ser capaz, asimismo, de mantener una cierta estabilidad o inercia frente a la modificación del entorno y las fuerzas entrópicas del propio organismo social. Tal estabilidad define su identidad y en cierta forma su existencia.

La cultura, pues, al igual que el código genético y la memoria individual, ha de lograr una tensión dialéctica ideal entre la adaptación del organismo al entorno y el

mantenimiento de determinada estabilidad estructural en dicho organismo. Una cultura que cede sin ofrecer resistencia a cualquier modificación externa o interna, provoca la desintegración de los rasgos reconocibles del organismo social y, a todos los efectos, la disolución de éste. Una cultura que por el contrario, se inmobiliza y pierde su capacidad de modificar su contenido interno para reflejar las modificaciones del ambiente y del propio organismo social, será inepta para regir las respuestas de este organismo y variar su conducta, la cual se repetirá en una cada vez más abierta contradicción con la nueva situación real, hasta que la acumulación de tensiones entre la respuesta inadecuada y la nueva realidad haga colapsar el sistema. Un estudio de la cultura ha de ser por ello, en esencia, una indagación sobre las relaciones entre las tendencias opuestas y dialécticas que determinan la estabilidad del modelo y su modificabilidad.

Para definir su estabilidad, el organismo social ha de seleccionar, como los elementos menos variables del modelo cultural, aquellos componentes más esenciales e inmodificables de su entorno y de la organización y conductas diseñadas para responder al mismo. Sobre esta base, la cultura ha de permitir una amplia modificabilidad del modelo para hacer frente a transformaciones internas o externas y así poder determinar sus respuestas a las mismas. Como el modelo que llamamos cultura se sustenta en las diversas memorias individuales de los integrantes del cuerpo social, en las redes simbólicas a través de las cuales éstos se comunican, e, incidentalmente, en los objetos de la naturaleza que modifican, dicho modelo no es homogéneo, como tampoco lo es el propio organismo social. De hecho, toda conciencia y toda memoria consiste en un sistema de advertir heterogeneidades y discontinuidades. De allí que, a toda discontinuidad, a todo fraccionamiento, a toda divergencia de condiciones dentro del grupo social, corresponda un fraccionamiento o una parcialidad del modelo, que podemos llamar subcultura, o en el caso extremo de fraccionamiento, contracultura. Así como toda cultura es parcial, a toda parcialidad corresponde una cultura, o para decirlo con más propiedad, una subcultura.

Así, dentro de un organismo social que se diferencia en clases, casta o grupos, existirán subculturas clasistas, de casta o grupales; en una sociedad que discrimina sexualmente, florecerán subculturas masculinas y femeninas; en una sociedad que se extiende sobre extensos ámbitos geográficos que no pueda avasallar totalmente, surgirán subculturas del llano y de la montaña, de la costa y del continente, del campo y de la ciudad.

Ello ocurre porque, como hemos indicado, todo modelo es parcial y sólo puede referirse a condiciones particulares del universo. Un organismo social que desarrolla

particularidades desarrollará asimismo subculturas que corresponden a sus diversos núcleos o suborganismos parciales, y que definirán asimismo la identidad de éstos. Por ello, basta que exista un grupo definido, para que se integre una subcultura del mismo: por ello, pueden existir subculturas de un clan, de una familia, de una profesión, de los marginales, y hasta de una pareja. Cada subcultura, remediando la cultura genérica, crea una imagen del entorno, que comprende una imagen del subgrupo frente a ese entorno ; crea una red de símbolos particulares; y, valiéndose de ellos, define los elementos que constituirán su estabilidad estructural y aquellos que podrán ser modificados conforme a la variación del organismo social general.

Las subculturas, en este sentido, son instrumentos de adaptación y de supervivencia de la cultura y del organismo social, ya que constituyen el mecanismo natural de modificación de ésta, y el reservatorio para el tanteo de soluciones que oponer al cambio del entorno y del propio organismo social. Así, por ejemplo, la aparición de una subcultura de marinos en un pueblo nómada pastoril recién llegado al mar es obviamente la vía a través del cual éste, a la larga, puede desarrollar una cultura marinera, dentro de la cual una subcultura de artífices puede llegar a conocer procesos tan complejos como la electrólisis de los metales y la elaboración de mercancías, que puede a su vez constituir una subcultura - y luego una cultura - de mercados.

Una cultura militar, que desalienta o reprime la formación de subculturas de otra índole dentro de su cuerpo social, puede producir una inmovilidad y una esterilidad que lo conducirán, a la larga, a la destrucción por la imposibilidad de adaptar esta rígida existencia cuartelaria a nuevas técnicas bélicas que requieren superior artesanía o habilidad organizativa, o nuevas formas de vida⁵. La formación de subculturas cumple, por lo tanto, dentro del ámbito de la cultura, el mismo papel que dentro del código genético desempeñan las mutaciones y dentro de la memoria la formación de nuevas sinapsis. Una subcultura es un análisis y una proposición de vías de relacionarse con un aspecto parcial, posiblemente nuevo, de la realidad ambiental o social.

La subcultura crece en la misma medida que el grupo o sector al cual le sirve de enseña de identidad, hasta que, al triunfar este grupo, se convierte en cultura dominante, y pretende someter a su denominador común las restantes parcialidades culturales. En caso de producirse esta victoria absoluta, la misma resulta fatal. La declinación de una civilización empieza cuando sus poderes de

⁵Así sucedió, por ejemplo, con las culturas guerreras de Asiria y Esparta.

dominación cultural se perfeccionan tanto -o sus facultades de plasticidad se ocuyen a tal punto- que toda alternativa se cierra. En tal momento, se asimila a una especie incapaz de mutar, a una memoria incapaz de procesar datos nuevos, y comparte con ellos un destino ineluctable: el de ser barridos cuando ocurra la primera modificación del entorno o la primera alteración del organismo.

Cuando tales elementos definitorios de la identidad del grupo son incompatibles con los del organismo social general, se produce una contracultura, una guerra entre modelos, una batalla entre concepciones, que no es más que el reflejo de la discordia de grupos que ya no se encuentran integrados ni protegidos dentro del conjunto del cuerpo social. La capacidad de supervivencia de la cultura se define, así, por su posibilidad de aprender de las subculturas sin der destruida. Una subcultura, en efecto, anuncia una radical modificación de las condiciones del entorno o del soma social: es una señal de crisis o de génesis que representa la amenaza del cambio y el potencial beneficio de una fecundación polínica enriquecedora que mejora las posibilidades del organismo social de adaptarse a la situación nueva. El intercambio de material genético en los protozoarios, y la reproducción sexual en los vegetales y los animales complejos, cumplen la misma función. En ambos casos, se admiten dentro del organismo social códigos extraños, versiones radicalmente diferentes de la realidad, y se encuentra una forma de sintetizarlas dentro de un lenguaje común para integrar un nuevo código. El rechazo de estas ingerencias lleva a la esterilidad o el estancamiento.

CENTRO Y PERIFERIA DE LAS CULTURAS

De allí el gran papel de los sectores marginados como creadores de subculturas, que, a su vez, son el producto y el emblema de esa marginación. Los márgenes -culturales, sociales, geográficos- de un sistema son como la piel por donde éste se comunica con el exterior, con lo que es contrario al centro de su cultura, usualmente conformado de manera definitiva y por lo tanto, estancado. La piel es el inicio de toda sensación, porque define diferencias en superficies. Todos los sentidos son modificaciones de la piel: nuestra conciencia es un conjunto de representaciones de lo que golpea nuestra piel desde el mundo exterior, y casi nunca de nuestra realidad interna, de nuestra más profunda estructura, de la que sabemos sólo en momentos de crisis, de indigestión o de agonía, porque es poco variable, porque sus procesos están organizados en ciclos periódicos que sufren poca alteración porque están contiguracios en un sistema monótono cuya regularidad sólo se altera con las catástrofes. Dentro, lo antientrópico, el "orden"; fuera, lo entrópico, el "desorden". Nuestra conciencia da por sabido el orden

interno -aunque nunca lo conozca a plenitud- y se ocupa ante todo de hacer modelos del desorden entrópico externo, al cual debe adaptarse dentro de las posibilidades del sistema. Si aceptamos que la riqueza de una cultura se define por su posibilidad de crear nuevas formas, debemos asumir que esta fecundidad comienza a cerrarse en el momento en que se establecen de manera definitiva las estructuras esenciales que configuran la identidad del sistema, y corre hacia su agotamiento en el instante en que la realidad exterior al sistema -su marginalidad geográfica, económica, social, política o cultural- deja de plantearle desafíos, o cuando la superestructura pierde su capacidad de responder adecuadamente a éstos.

La creación cultural es uno de los aspectos que se paraliza en una sociedad que entra en estancamiento, que ha perdido su capacidad de transformarse. El estancamiento cultural es, por ello, un síntoma intranquilizante, en la medida que la capacidad de transformación de un sistema es una de las características que lo definen como viviente.

LA PERSONALIDAD DEL MARGINAL

Como hemos indicado, en el momento en que un sistema cierra la posibilidad de integración de sus subculturas, éstas pasan a ser contraculturas y los sectores que participan de ellas, son definidos como marginalidades, o no integrados, o excluidos⁶. Esta ruptura produce efectos tanto para los integralltes de la cultura marginadora, como para los de la contracultura marginada. Los marginadores, al negar la diversidad de su entorno cultural, se encierran en un mundo progresivamente empobrecido. Para justificar este encierro, deben realizar un complejo proceso de exclusión del marginado, proceso que, alternativa y contradictoriamente, niega la diferencia a la vez que la enfatiza. El marginador, en efecto condiciona de manera angustiosa la uniformidad en su propio círculo, al mismo tiempo que exagera la diferencia del marginado al extremo de convertirlo en 10 otro, en 10 no humano: en el bárbaro, el infrahombre, el pagano, el hereje, el esclavo, el paria, ellumpen, el enfermo mental, el disidente.

Todo sistema cuya capacidad evolutiva empieza a tener fallas, escinde así el universo en un núcleo conservador de bienpensantes conformistas, opuesto a un ene-

⁶En la sociedad capitalista, según Frank Hinkelammert, el fenómeno de la marginación ha dejado de ser transitorio. "Las masas sobrantes aparecen ahora como un polo de la sociedad, opuesto al centro y basado en la fuerza productiva del enclave industrial. El vocablo marginalidad llega a describir esta condición propia de los sectores desempleados, subempleados o empleados en medios de producción tradicionales dentro de las relaciones tradicionales de producción. Dialéctica del Desarrollo Desigual, Amorrortu, Buenos Aires, 1970, p. 147.

migo antihumano constituido por desviantes sobre los cuales se proyectan todas las formas del mal⁷. Los marginados, por su parte, no pueden efectuar con igual eficacia la operación de exclusión. Viven en el mismo ambiente que los rechaza; están obligados a prestar adhesión y obediencia a la misma cultura que los margina; están sometidos a la valoración contradictoria que resulta de regirse a la vez con los cánones de ésta y por los criterios propios. La existencia del marginado es contradictoria en la misma medida en que se lo disputan los sistemas excluyentes de la cultura y de la contracultura. Ello determina la aparición de una particular caracterología en el marginal, descrita en abundantes estudios.

“La ambición se opone al sentimiento de autorrespeto. El desea el reconocimiento del grupo dominante y al mismo tiempo ofende su arrogancia. Orgullo y vergüenza, amor y odio y otros sentimientos contradictorios se mezclan tumultuosamente en la naturaleza de la personalidad marginal. Las dos culturas producen una pauta dual de identificación y una lealtad dividida, y el esfuerzo por mantener el autorrespeto convierte esos sentimientos en una actitud ambivalente. El individuo entra y sale de cada situación grupal varias veces al día, por ello su atención se centra repetidas veces en cada actitud grupal y en su relación con ella”⁸

Como rasgos del carácter del marginal han sido señalados, además, la conciencia de solidaridad del destino con su subgrupo; una exaltada sensibilidad para con el juicio del grupo dominante; la aceptación inconsciente de los valores de éste, que lo lleva a veces a adoptar una actitud crítica ante los defectos de su propio grupo, que incluye con frecuencia odio y desprecio hacia sí mismo. Se ha señalado, también, que tales grupos tienen un interés vital en el establecimiento de una perspectiva humanizada y universalista, en la abolición de diferencias basadas en motivos de raza, credo, sexo o nacionalidad, y en la creación de un orden legal que coloque el derecho en un plano superior al de la fuerza⁹.

⁷Estudiosos de los aspectos sociales de la psiquiatría, tales como Thomas S. Szasz, señalan que la "creación" de desviantes es un proceso normal en la constitución de grupos sociales compactos. A este respecto señala que "ordinariamente" aquellos etiquetados como desviantes han roto alguna regla (legal, religiosa o social), por ejemplo, los "hippies" o los homosexuales frecuentemente no han violado ninguna norma y sin embargo son caracterizados como desviantes sólo porque autoridades respetables los han encasillado en tal rol; es el caso de ciudadanos inocentes etiquetados como comunistas por el senador Joseph McCarthy, o personas prominentes como el senador Barry Goldwater, consideradas como enfermas mentales por los psiquiatras. Becker enfatiza correctamente que "algunas personas pueden ser tachadas de desviantes sin haber violado norma alguna. La desviación no es una cualidad de la conducta misma, sino de la interacción entre la persona que comete un acto y los que responden a él". *The Manufacture of Madness*, Paladin Suffolk, 1973, pp. 308 y 309.

⁸E. V. Stone Quist: *The Problems of the Marginal Man*, citado por Viola Klein: "El Carácter Femenino", Editorial Paidós, Buenos Aires, 1961, p. 272.

⁹Viola Klein, op. cit., pp. 273 a 278.

En su aspecto psicológico, la vida del marginal transcurre en medio de la situación de conflicto insoluble¹⁰ que las autoridades de la antisiquiatría señalan como generadora de la sicosis. La personalidad del marginal consiste en un verdadero yo dividido. Por lo tanto, obligatoriamente, sus existencia debe consistir en una lucha hacia la obtención de la totalidad, combate que puede terminar, bien en la adhesión absoluta a la cultura marginadora, bien en la absoluta identificación con la conducta marginada, bien en la integración armónica de ambas culturas en una síntesis que las compendie y las rebase.

El hombre mismo es como animal, el marginal por excelencia. A medio camino entre la altura arborícola y la de las llanuras; igualmente inadaptado para la dieta puramente vegetal y puramente carnívora; mal protegido contra los excesos de la temperatura; erecto con una estructura vertebral que la evolución diseñó para el avance inclinado, con extremidades en parte prensiles y en parte locomotrices, con una estructura corporal suficiente para dañar, pero sin armas naturales; a ratos predador, pero sin la velocidad ni el equipo mortífero óptimo para capturar presas, el hombre es una contradicción entre modos de vida excluyentes, un inadapto nato. La cultura es la mediación que el hombre crea para cubrir con símbolos la distancia que lo separa de la naturaleza. Así, desde el principio y por esencia, la cultura fue una contracultura, una disruptiva facturación de símbolos y artefactos simbólicos progresivamente diferenciada - y con frecuencia opuesta - a la normativa natural del instinto.

De tal forma al miembro somático se superpuso el miembro artificial de la herramienta, a la epidermis se añadió la piel desechable de la vestidura y la vivienda, el fuego solar y el relámpago libre de la naturaleza fueron capturados en el fuego del hogar, que es a la vez metáfora del tiempo y de la muerte - los dos conceptos culturales cuyo conocimiento identifican al hombre como especie -. No en vano la conquista del fuego es objeto de mitos esenciales en todas las culturas. En la occidental, el robo de Prometeo, y su martirio subsiguiente, marcan el inicio de la civilización: la conservación de la brasa sirve de núcleo a la habitación y a la familia. La prisión de Prometeo alude al encierro del hombre en los cada vez más complejos sistemas que nacen del encadenamiento del fuego en el horno, en el crisol, en la caldera, en la cámara del cañón y en el cilindro del motor. La cultura de Occidente sanciona sus códigos con la combinación mística de la constricción y del fuego infernales, nueva metáfora de las llamas encadenadas.

¹⁰Ver: *Infra* 3.1.2. Sobre la personalidad del marginal, consultar también: David Riesman: *Individualismo, Marginalidad y Cultura Popular*. Paidós, Buenos Aires, 1974, pp. 189 a 280.

Las contraculturas, por el contrario, recurren a la metáfora del fuego desencadenado. La quema del dinero en la bolsa de Nueva York, la quema de las tarjetas del servicio militar por los pacifistas, la quema de sostenes por las feministas, el incendio de los ghettos por los afronorteamericanos y el combate callejero con molotovs, constituyen ritos de purificación opuestos al fuego cautivo de los cilindros del motor y de la carga de los proyectiles. El fuego desencadenado, por lo mismo que simboliza el tiempo inmediato y eternamente presente de la naturaleza, se opone al tiempo de la civilización, estructurado y prolongado hacia el pasado y el futuro por las cadenas de la causalidad. El desencadenamiento del fuego busca así clausurar un orden permitido para sustituirlo por un tiempo nuevo y purificado.

Ahora bien, las sociedades no son homogéneas. Conforme ha dicho Ralph Linton "una cultura es la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de una sociedad"¹¹. Esta configuración de la conducta se genera en el seno de todos los grupos sociales, en un proceso continuo y natural. Cuando por diversas razones económicas, políticas e incluso generacionales, dentro de las sociedades aparecen grupos definidos y diferenciados, estos grupos producen a su vez subculturas particulares o contraculturas, que son conjuntos de símbolos y actitudes a su vez definidos y diferenciados con respecto a los adoptados oficialmente por la sociedad.

Este proceso es continuo y natural, y hasta cierto punto endógeno, ya que la creación del nuevo contexto de símbolos y actitudes proviene del interior del mismo grupo que se siente diferenciado o excluido. En algunos casos, el símbolo o la actitud es enteramente originario del grupo; en otros, es adoptado por él mediante un acto creativo que le da al símbolo un significado enteramente nuevo y personal. Las chaquetas de cuero negro, por ejemplo, existen antes de que las adopten las pandillas juveniles, pero una vez que éstas, de una manera creativa, las usan como uniforme, tal indumentaria, que era un simple traje, pasa a tener un valor de símbolo. En ambos casos, el acto de creación o de adopción del símbolo tiene lugar dentro del grupo excluido. Y ello tiene que ser así, porque a través de esta creación de símbolos, dicho grupo marginado encuentra y afirma su identidad; se distancia de los valores oficiales de la sociedad y, en ocasiones, protesta en contra de éstos.

En la medida en que el centro inmoviliza su superestructura, la periferia asume cada vez más la tarea de la innovación cultural. Como bien lo señala Cecil Saint Laurent: la bailarina, la niña y la prostituta son las que lanzan los nuevos estilos en

¹¹Ralph Linton: *Cultura y Personalidad*, Cap. 2: Concepto de la Cultura, FCE, México, 1945, p. 52.

la ropa femenina¹². El apache parisino dinamita el lenguaje y crea una mitología; el compadrito argentino impone el tango ante el cual se doblegarán las aristocracias plutocráticas o intelectuales¹³. Cada grupo fabrica su propia identidad: ésta exuda de la conciencia de su diferencia como la concha de la ostra. Pero a veces, el propio sistema asume el papel de crear y de dirigir la cultura del grupo disidente a los fines de dotarlo de una personalidad - cuando no exista posibilidad de aniquilarla - por lo menos manejable, y rentable.

En estos casos, la cultura del sector marginado creada o mediatizada por el sector marginante, lejos de ser un símbolo de afirmación de la diferencia y un factor de oposición a lo establecido, termina por consistir en un conjunto de satisfacciones sustitutivas mediante las cuales el marginado encuentra suavizado su desacuerdo con la cultura oficial, y, en última instancia, halla posible su adaptación a la misma y su funcionamiento dentro del campo de ella.

De tal manera, los mecanismos de la colectividad industrial alienada interfieren en este proceso natural y endógeno de creación y adopción de su propia contracultura por parte de cada grupo excluido hasta desnaturalizarlo y anularlo. En este sentido, la producción industrial de la economía de mercado realiza un proceso de interferencia cultural y de falsificación de la conciencia, que a la larga se traduce en una manipulación social.

Estos mecanismos interfieren sobre los procesos de diferenciación que se producen en una sociedad, e interfieren también en el proceso del cambio social el cual se debe, en buena parte, a la afirmación y conciencia de tales diferencias. En efecto, mediante el proceso endógeno de creación de contraculturas los sectores excluidos, sean clases sociales, nacionalidades, grupos de edad, razas, castas o sexos, adquieren conciencia, primero de su existencia, luego de la comunidad de sus intereses y, finalmente, de su fuerza y de su posibilidad de alterar la realidad social.

¹²Cecil Saint Laurent: Historia de la Ropa Interior Femenina. Ed. Pomaire, París, 1968. La marginalidad homosexual comparte actualmente este papel en el lanzamiento de modas.

¹³Pese a las divergencias que he enumerado y que sería fácil enriquecer interrogando a platenses o a rosarianos, mis asesores concordaban en un hecho esencial: el origen del tango en los lupanares. (Asimismo en la data de ese origen que para nadie fue muy anterior al ochenta o posterior al noventa). El instrumental primitivo de las orquestas - piano, flauta, violín y después bandoneón - confirma por el costo ese testimonio; es una prueba de que el tango no surgió en las orillas que se bastaron siempre, nadie lo ignora, con las seis cuerdas de la guitarra. Otras confirmaciones no faltan: la lascivia de las figuras, la connotación evidente de ciertos títulos (El Choclo, El Fierrazo)". Jorge Luis Borges: Evaristo Carriego: Historia del Tango, Emecé, Buenos Aires, 1955.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Las reflexiones precedentes conducen a algunas conclusiones sobre la situación actual del choque entre las culturas que se desarrolla paralelamente al conflicto político, económico y social. La omnipotencia de los medios de conformación de la disidencia que creyó encontrar Marcuse en la sociedad norteamericana, lejos de ser un símbolo de fuerza, constituye una alarmante y contradictoria muestra de debilidad. Al derrotar las contraculturas de la década de los sesenta, dicha sociedad se cerró al acceso hacia un mundo de pluralidad ideológica, igualdad, armonía con la naturaleza y paz, para enclaustrarse en otro de conformidad, desigualdad, ecocidio y agresión, que llevan a su fatal extremo los males de la sociedad industrial.

Frente a esta cultura con pretensiones de universalidad - última "oikumene" de la civilización de occidente - tanto los sectores discriminados, explotados y marginados dentro de las sociedades industriales, como los pueblos de esa vasta marginalidad del planeta llamada el Tercer Mundo, debemos afirmar nuestras parcialidades culturales, ya que de las mismas depende no sólo la conciencia de nuestro ser como entidades diferenciadas, sino la posibilidad del desarrollo de nuevas soluciones, nuevas formas de vida, y nuevas alternativas para la crisis del hombre contemporáneo.

No debemos, en fin, pensar que la problemática aquí planteada se refiere exclusivamente a las formas de penetración que podríamos llamar "externas". Aún en nuestras sociedades latinoamericanas, los mecanismos de conformación y recuperación del sistema aprovechan los más superficiales símbolos de las subculturas y contraculturas populares, para construir con ellos las mascaradas de consolidación de lo estatuido llamadas "populismos". Por su letal capacidad para paralizar el cambio invocando versiones deformadas de lo nacional o de lo tradicional, los populismos colocan asimismo a las sociedades donde se producen en las mortíferas condiciones de inflexibilidad, rigidez y vulnerabilidad que los instrumentales de supremacía ideológica aseguran para las grandes potencias.

Referencias

- *Clausewitz, DE LA GUERRA. p9 - Buenos Aires, Ediciones Mar Océano. 1960;
- *Montesquieu, DE L'ESPRIT DES LOIS. p641-647 - París, Ediciones Du Seuil;
- *Ludwig von Bertalanffy, GENERAL SYSTEM THEORY. p40-52 - Londres, Penguin University Books. 1973;
- *Ludwig von Bertalanffy, ROBOTS, HOMBRES Y MENTES. p139-158 - Madrid, Guadarrama. 1974;
- *Wiener, Norbert, THE HUMAN USE OF HUMAN BEINGS. p11-67 - Sphere Library Suffolk. 1968;
- *Wiener, Norbert, DIOS Y GOLEM. - México, Siglo XXI Editores. 1970;

- *Watson, James D., SCIENTIFIC AMERICA. p65-83 - 1976; Klein, Viola -- The problems of the marginal man.
- *Anónimo, THE DOUBLE HELIX. - Nueva York, Signet Books. 1969; Cultura y personalidad.
- *Suffolk, Paladin, DIALECTICA DEL DESARROLLO DESIGUAL. p147 - Buenos Aires, Amorrortu. 1970;
- *Stone-Quist, E. V., THE MANUFACTURE OF MADNESS. p308-309 - 1973;
- *Riesman, David, EL CARACTER FEMENINO. p272-278 - Buenos Aires, Editorial Paidós. 1961;
- *Linton, Ralph, INDIVIDUALISMO, MARGINALIDAD Y CULTURA POPULAR. p189-280 - Buenos Aires, Paidós. 1974;
- *Saint Laurent, Cecil, CONCEPTO DE LA CULTURA. p52 - México, FCE. 1945;
- *Borges, Jorge Luis, HISTORIA DE LA ROPA INTERIOR FEMENINA. - París, Ed. Pomaire. 1968;
- *EVARISTO CARRIEGO: HISTORIA DEL TANGO. - Buenos Aires, Emecé. 1955;